siderables y las rarezas de su país. Os pregunto, no tendríais cariño á esec aballero? Hay más en eso, ¿habrá en el mundo un hombre tan insensible para no amarle? Sin embargo, este amor no tomaría su origen de la vista de esa persona; no la conocíais sino por sus regalos y por las pruebas de su buena voluntad. Y por qué no amais, pues, á Nuestro Señor? si no le veis en persona, ¿no le veis todos los días por los beneficios señalados con que os colma? Por consiguiente, no aleguemos más este pretexto para excusar nuestra tibieza y nuestro poco amor por él; no está en eso el origen del mal, como lo vemos por el ejemplo de los santos, que le han amado perfectamente en la tierra, aunque no le vieron mejor que nosotros. La verdadera causa del mal, es que no refleccionamos bastante seriamente en las razones que nos le hacen amable, y que no somos bastante fieles á su gracia. Por otra parte, si le viéramos, ¿qué gloria y qué mérito tendríamos en amarle? sus perfecciones son tan grandes, su belleza tan admirable, que al momento que se muestren es imposible no amarlas; ellas conmueven necesariamente el corazón y llevan tras sí el amor sin que se les pueda resistir. El mérito en esta vida consiste en amar á Jesu-Cristo sin verle, y en permanecerle unido de corazón, aun cuando no gocemos de su presencia corporal.

CAPITULO XVII.

Motivo décimotercero de amor.

Desprecio que debemos tener para las creaturas.

I. Los bienes de este mundo son muy pequeños.—II. La Escritura nos los representa bajo la figura de una sombra.—III. Son dados á buenos y á malos.—IV. Jamás contentan.—V. Más bien son males que bienes.—VI. Pasan rápidamente.

Mas para que no tengais pesar de abandonar las criaturas por seguir á Jesu-Cristo, y para que os dediqueis enteramente á su amor, voy á mostraros en pocas palabras lo que las criaturas son en sí mismas, y que lo que pueden dar es tan poca cosa, está acompañado de tantas imperfecciones, que todo hombre sensato se disgustará de ello fácilmente, cuando encuentre en Jesu-Cristo abundantemente lo que encuentra esparcido en las criaturas.

I. Las riquezas, los honores y los placeres, que no son sino lodo, humo y basura, son toda la recompensa que podeis esperar de las criaturas, por los servicios que les prestais. San Benito, según refiere San Gregorio, (1) vió un día, en un rayo de celeste claridad, al mundo con todo el lustre, toda la alegría, toda la pompa y todos los bienes que

1 Liber. II. Dial., cap. XXXV.

encierra, reunido como en una bolita; nosotros lo veríamos tan pequeño, si tuviéramos las luces de este santo, y si lo estimamos es porque estamos en tinieblas: El Espíritu Santo compara, en muchos lugares de la Escritura, la prosperidad de esta vida á un sueño y á una visión. *Los mundanos desprovistos de juicio y sentido*, dice David, después de haber trabajado mucho, *han pasado la noche de esta vida en un sueño y en una vanidad;* cuando han despertado en el día del Señor, se han encontrado con las manos vacías, *y nada les ha quedado de lo que habían visto en su sueño*, (1) *porque, vos, Señor, anonadareis toda la pompa de sus grandezas imaginarias, y pasarán como una sombra.* (2) Job lo había dicho mucho tiempo antes: *Todo se ha deshecho como una nube que pasa, y ha desaparecido como una visión nocturna.* (3) Todas las felicidades de que gozan los hombres aquí en la tierra, dice San Agustín, son sueños de personas que duermen. (4) El da de esto la razón que el Espíritu Santo había indicado: "Así como el pobre, que ve en sueño un tesoro que cree poseer, sólo es rico cuando duerme y vuelve á ser tan pobre como antes luego que despierta, así los hombres que se alegran con las vanidades y grandezas de este siglo, se alegran solamente durante su sue-

1 Turbati sunt omnes insipientes corde, dormierunt somnum suum, et nihil invenerunt omnes viri divitiarum in manibus suis. Ps., LXXV, 6.

2 Velut somnium surgentium, Domine, in civitate tuâ, imaginem ipsorum ad nihilum rediges. Ps., LXXII, 20.

3 Velut somnium avolans non invenietur, transiet velut visio nocturna. Job., XX, 8.

4 Omnes istae felicitates, quoe videntur seculi, somnia sunt dormientium. S. Aug., in. Ps. CXXXI.

ño; pero vendrá el día en que despertarán, y entonces verán que todas las cosas á las cuales se han apegado y que han perseguido con tanto ardor, no han sido sino sueños que los han engañado y que han desaparecido, según la palabra de la Escritura, como el sueño de un hombre que ha dormido. (1)

II. Todos los bienes que el mundo da son semejantes también á una sombra. Por esto los desgraciados, que han hecho su ídolo de este mundo, hacen resonar el infierno con gritos de rabia que nos recuerdan estas palabras de la Sabiduría: *¿De qué nos han servido nuestros honores, nuestras dignidades, nuestro orgullo, la abundancia de nuestras riquezas? todo ha pasado como la sombra.* (2) Por esto Dios se sirvió de la sombra de la aguja del reloj de Acaz, que retrocedió diez grados, para anunciar al rey Ezequías que le prolongaba, durante quince años, su vida y sus grandezas. (3) San Gregorio Nazianzeno anima al retórico Eudocio al desprecio del mundo, escribiéndole entre otras cosas: (4) "Salgamos de aquí, querido Eudocio, elevemos nuestros espíritus sobre la tierra, dejemos esas puerilidades, hagámonos hombres, deshagámonos de sueños, dejemos ahí las sombras." ¿Por

1 Quomodò qui videt thesauros in somnis, dormiens dives, est, sed evigilabit et pauper erit; sic omnia ista vana hujus seculi, de quibus homines gaudent, in somno gaudent, evigilabunt et invenient somnia illa fuisse, et transise, sicut dicit scriptura, velut somnium surgentis. Ibid.

2 Quid nobis profuit superbia? aut divitarum jactantia quid contulit nobis? transierunt illa omnia tamquam umbra. Sap., V. 8.

3 IV. Reg. XX. 11.

4 Epist. 63.

qué los bienes de la tierra son llamados sombras? Porque la sombra de una cosa no es la cosa misma, sino solamente una representación muy imperfecta. Así, la sombra de un hombre no es un hombre vivo, imagen de Dios, sino una imagen muy imperfecta del hombre; así los honores, las riquezas y los placeres de la tierra no son los verdaderos placeres, los verdaderos honores ni las verdaderas riquezas, puesto que solamente se encuentran en el cielo, sino solamente sus sombras é imágenes. *Ciertamente, dice el Profeta, el hombre pasa su vida en medio de sombras y de imágenes.* (1) El rico que cree poseer las riquezas verdaderas, no posee sino apariencia de ellas; los voluptuosos no gozan sino un fantasma de placer; los que están en los honores no tienen sino imagen de ellos. Platón, según refiere San Clemente de Alejandría, (2) decía que había dos mundos: uno superior é intelegible, en donde habitan la verdad y las cosas en su propia naturaleza; el otro, sensible, que es el que habitamos, en donde las cosas no están sino en figura. El mismo Platón desarrolla esta idea por una comparación muy ingeniosa, en el libro séptimo de su República: "Si algunos hombres, dice él, estuvieran colocados y alimentados desde su infancia en una caverna larga y profunda, y puestos de tal manera, que estuvieran atados, los ojos vueltos hacia el lugar más obscuro, sin poder cambiar de postura, si detrás de ellos y á bastante distancia, estuviera colgada una lám-

1 Verumtatem in imagine pertransit homo: alii.....in umbra. Ps. XXXVIII, 7; ex heb. apud. Lorinum.
2 Strom. 5.

para que alumbrara esta triste habitación y que entre ellos y la lámpara hubiera otros hombres que tuvieran vasos de un trabajo exquisito, estátuas perfectamente esculpidas, obras maestras de la naturaleza y del arte, los desgraciados que estaban amarrados no verían estas bellas cosas, puesto que estarían colocadas detrás de ellos, sino que verían solamente su sombra que les reflejaría la luz de la lámpara. Sin duda creerían ver las cosas mismas; lo asegurarían con tenacidad y rehusarían creer á los que quisieran persuadirles de lo contrario; pero si los desataran, si les dieran libertad, reconocerían muy pronto cuán engañados estaban." Por esta comparación se esforzaba este sabio de la antigüedad en mostrar la vanidad y pequeñez de las cosas de la tierra.

III. Otro filósofo, Séneca, comprendía esta verdad al ver la distribución que la Providencia hace de estos bienes, dándolos á los hombres más malos y privando de ellos á los buenos. Estimamos que un rey no haga gran caso de las cosas que da voluntariamente á sus enemigos, y no dejaría de rehusárselas, si las juzgara de algún valor. (1) Así, Dios no hace gran caso de los bienes temporales, de los honores, de las riquezas, de los palacios, de los placeres, puesto que todos los días los concede a los infieles y herejes, que blasfeman su santo nombre. Otro aseguraba que nada le hacía comprender mejor la pequeñez de las grandezas del mundo, y lo disgustaba más de apegar á ellas su corazón, como ver pasar ante él los triunfos

1 Nullo modo magis potest Deus concupita traducere, quàm si illa ad turpissimos defert, ab optimis abigit Sénec. lib. de Prov.

magníficos de los Romanos, en los que llevaban por las calles las riquezas de los reyes vencidos, de provincias conquistadas, ó, para aumentar la pompa, se ostentaba todo lo que esta capital del universo tenía de más raro y precioso; porque decía él, toda esta magnificencia, esta gran gloria, éstas rarezas, todas estas riquezas, que eran inmensas, aparecían un instante y desaparecían en seguida; de manera que en pocas horas se veía no solamente todo lo que esta pujante ciudad, sino todo lo que la tierra entera poseía de más excelente y más rico. Tales son las riquezas y la gloria del mundo.

En cuanto á los placeres, ved aquí cómo los describe San Agustín: "¿Cuál es la alegría del mundo? Es el regocijarse de la iniquidad, jactarse de los desórdenes, de los excesos. El goce de los mundanos es pecar impunemente, cometer toda suerte de crímenes sin ser reprendido, conceder á sus apetitos desarreglados todo cuanto piden, entregarse á todo lo que la intemperancia ó exceso tiene de repugnante, mancharse con toda suerte de inmundicias; es el que los pecados de estos mundanos no sean castigados de Dios por la guerra, la enfermedad, la adversidad; que se bañen en la abundancia de las cosas temporales, en los placeres de la carne; que nada turbe sus desarreglos. Ved aquí lo que compone los placeres del mundo." (1) Añado á esto que, si no son todos tan malos

1 In seculo gaudium quod est? gaudere de iniquitate, guadere de turpitudine, gaudere de deformitate, de his omnibus gaudet seculum. Seculi loetitia est impunita nequitia, luxurientur homines, fornicentur homines, in spectáculis nugentur, ebriositate ingurgitentur, turpitudine faedentur, nihil mali patiantur, vide-

y repugnantes, siempre serán muy pequeños y vanos: como son los juegos, los espectáculos, las danzas, los paseos, las compañías, en las que el menor de los inconvenientes es la pérdida de tiempo cuando menos.

IV. Además, los placeres, las riquezas, los honores, tienen otro defecto muy capaz de inspirarnos su desprecio y disgustar de ellos nuestros corazones: y es que jamás satisfacen. "Encontraremos siempre, dice San Agustín en todas las cosas de la tierra que nos parece que puedan contentar nuestro corazón, algo que nos ha de causar disgusto." (1) Porque, como dice el Sabio, *el avaro*, y lo mismo es de los demás, *jamás tendrá bastante dinero para estar satisfecho.* (2) *Quien quiera que sea el que beba de esta agua*, dijo Jesu-Cristo á la Samaritana, es decir, que tenga bienes de este mundo, *tendrá sed*, no estará satisfecho con poseerlos; *mas aquel que beba del agua que le daré, jamás tendrá sed.* (3) La razón de esto es clara: estos bienes son corporales y nuestra alma es espiritual. Nuestra alma es imagen de Dios, sólo puede ser dichosa en el goce de su original; los bienes son temporales, nuestra alma es inmortal; ellos son finitos, y nuestra alma no puede llenarse sino por

te seculi gandium; ista mala, quoe commemorari, non castiget fames, nen belli timor, non aliquis morbus, non ulla adversitas. sed sint omnia in abundantiâ, in pace carnis, in securitate malæ mentis, ecce, vide seculi gaudium. Sn. Aug.. de Verb. Eom., Serm. 37.

1 Quidquid hic nobis providerimus ad refectionem. illic rursùm inveniemus defectionem. S. Aug., in Ps. LXXXIV.

2 Avarus non implebitur pecuniâ. Eccle., V. 9.

3 Omnis qui bibit ex aquâ hâc, sitiet iterùm; qui autem biberit ex aquâ quam ego dabo ei, non sitiet in æternum. Joan., IV, 13.

la posesión de un objeto infinito. Esto es lo que hacía decir á San Bernardo: "Los bienes de la tierra no son el alimento natural de nuestra alma; un hombre hambriento no puede nutrirse con viento; que tome cuanto quiera, no es este el alimento que le es propio, es la del camaleón; veríamos como un insensato á un hombre que abriera la boca al aire para alimentarse de é . Pero, ¿es acaso menor locura querer saciar y satisfacer á un espíritu racional con cosas corporales? Puede inflamarse con ellos, como el que se llenara de viento, pero no queda satisfecho." (1) Santo Tomás da aún otra razón después de San Bernardo: es que no son un bien universal y soberano, que contenga todo bien, tal cual es necesario para llenar la capacidad inmensa del alma; (2) porque las riquezas son riquezas solamente y no contienen los honores, los honores no contienen los placeres y así de los demás. Son bienes particulares que encierran este gran inconveniente, que carecen de las demás especies de bienes; es necesario sin embargo, para satisfacer los deseos del hombre, que encuentre al mismo tiempo, la riqueza, el honor, el placer y toda suerte de bienes, porque su corazón desea todo esto.

Tenemos un ejemplo notable de esta verdad en la persona de Salomón, quien, después de haber empleado, como lo dice él mismo, cuanto tenía de inteligencia y de poder para gustar de todas las criaturas, á fin de ver si encontraba en algunas el

1 Sic non minoris insaniae est si spiritum rationalem rebus putes quibuscumque corporalibus non magis inflari quàm satiari. S. Bern. tract. de Dilig. Deo.

2 Quia non sunt bonum universale; quia nihil in eis summum singulariter vel optimum est. S. Bern., Tract. de dilig. Deo.

contento de su corazón; después de haber edificado suntuosos edificios, jardines magníficos, llenado sus tesoros de riquezas inmensas, concedido á sus sentidos cuanto podía lisonjearlos, no encontró en todas estas cosas, que debían contentarle sin duda, (si alguna cosa pudiera contentar aquí en la tierra), sino turbación y aflicción de espíritu. Persuadido entonces por la verdad y la fuerza de su experiencia, pronunció esta sentencia memorable, tan frecuentemente repetida y tan mal comprendida: *Vanidad de vanidades, todas las cosas de este mundo no son sino vanidad.* (1) La palabra hebrea de la cual se sirve para expresar esta *vanidad*, conviene perfectamente á nuestro asunto; significa ó una cosa que se desvanece en un instante, ó una cosa hueca y que nada tiene de sólido, que no puede servir al fin para que se emplea, ó una cosa que, con una bella apariencia, engaña á los que no toman precauciones, y esconde mucha amargura bajo una poca de miel. San Crisóstomo refiere esta célebre sentencia en su discurso por Eutropa, después de la desgracia de este famoso favorito del emperador Arcadio, y añade: "Es necesario que repitamos sin cesar estas bellas palabras: *Vanidad de vanidades, todo no es sino vanidad.* Deberíamos escribirlas en nuestras casas, sobre nuestras paredes, sobre nuestras puertas, sobre nuestras ventanas, sobre nuestros vestidos y principalmente en nuestro corazón; deberían estar contínuamente pre-

1 Omnia quæ desideraverunt oculi mei non negavi eis, nec prohibui cor meum, quin omni voluptate frueretur..... Vanitas vanitatum, dixit Ecclesiastes, vanitas vanitatum et omnia vanitas. Eecl., cap. XII.

sentes á nuestro espíritu, debíamos rumiarlas sin cesar, porque los honores, las riquezas y todos los demás bienes de los cuales hacen sus ídolos los hombres, les parecen reales y no son sino mentiras. Por esto, deberíamos buscar en toda ocasión modo de desengañar de esto á nuestro prójimo, y ser desengañados nosotros mismos por el de la estima que se hace de los bienes perecederos. Deberíamos referir sin cesar en nuestras conversaciones: *Todo es vanidad.*" Salomón merece ciertamente que se dé fe á su palabra, puesto que él tuvo más honores, más bienes temporales, más placeres que hombre alguno ha tenido antes de él ni tendrá después de él; y que él no ha podido encontrar en todo esto el reposo de su corazón, sino á lo más, una pequeña embriaguez de sentidos, que conducen al arrepentimiento, al disgusto, á la ceguedad de espíritu y á otros muchos males.

V. Y lo que hay de más notable todavía acerca de esto, es que los bienes presentes, no solamente son muy pequeños y no nos contentan, sino que pudiera llamárseles con mucha mayor razón males que bienes; porque si son bienes, ¿por qué no hacen buenos á los hombres? La blancura hace á una cosa blanca. Para ser bienes verdaderos, es necesario que hagan buenos á aquellos que los poseen; y sin embargo, esto es lo que no sucede; es más bien lo contrario lo que se nota, porque los vuelven por lo ordinario malos, orgullosos, avaros, crueles, impúdicos, insoportables: por consiguiente, son más bien males que bienes, puesto que producen efectos tan malos. La razón y la experiencia nos enseñan que es muy difícil en una gran prosperidad sostenerse sin ser acometido y destrosado

por las pasiones, á menos que haya virtud. *¿Cuál es el hombre rico*, dice el sabio, *que no ponga su confianza en sus tesoros? ¿En dónde está, y lo elogiaremos?* (1) Debemos decir otro tanto de los honores; es un milagro conservar en ellos la humildad de corazón y el desprecio de sí mismo, como la pureza de alma y de cuerpo en las comodidades de la vida y en los placeres de los sentidos. Así como se necesita un temperamento fuerte y una salud muy robusta, para resistir á la fuerza del veneno y no experimentar sus efectos, así se necesita también un valor extraordinario y una alma de un temple muy fuerte para estar á prueba de las tentaciones, á las cuales están expuestos los que poseen esos bienes, esos honores, y gustan esos placeres á los cuales Jesu-Cristo ha dicho anatema con sus máximas y ejemplos.

VI. Mas supongamos que los bienes de este mundo no tengan los defectos que acabamos de decir, y que sean bienes verdaderos, grandes bienes, capaces de satisfacer el corazón: siempre tendrán un gran inconveniente, y es que pasan rápidamente. No es acaso evidente que su duración no puede pasar la de nuestra vida? *Esta es un humo*, dice San Jacobo, que, *levantándose, aparece un poco de tiempo para desaparecer muy pronto.* (2) Job había dicho antes de él: *Mi vida no es sino un viento ligero que pasa.* (3) Hay en eso más; no pueden ser tan largos como la vida, puesto que la infancia, el sueño, las enfermedades y otras mil cosas nos quitan

1 ¿Quis est hic, et laudabimus eum? Eccol. XXXI, 8.
2 Quæ est vita vuestra? vapor ad modicum parens et posteà exterminabitur. Ep. IV, 14.
3 Ventus est vita mea. Job. VII, 7.

el conocimiento y sentimiento de ellas. Esto es lo que hizo decir á San Agustín: Aun cuando las alegrías de este mundo no son verdaderas, sin embargo, como quiera que se supongan y por grandes que puedan parecer, son tan frágiles que un pequeño acceso de fiebre las quita, y dejan alirse la conciencia vacía y herida." (1) Séneca escribía á Paulino: "Los placeres de los mundanos están atravesados de mil disgustos, sus alegrías llenas de amarguras, sus rosas herizadas de un gran número de espinas, que los desgarran en medio de sus mayores goces; en lo más fuerte de sus contentos y de sus grandezas los asalta el terror, cuando consideran que todo debe innevitablemente acabar. Este molesto pensamiento: ¿cuánto durará esta corona¿ ¿cuanto tiempo llevaré este cetro? ¿estaré revestido de púrpura? ¿cuantos años, ó tal vez días habitaré este palacio suntuoso? Este molesto pensamiento, digo, envenena todos sus placeres, empozoña todas sus alegrías; ha arrancado lágrimas á los reyes más poderosos, les ha inspirado disgustos en medio de sus placeres, y los ha espantado en medio de sus pompas y del esplendor de su poder (2) Sofar, uno de los amigos del santo hombre Job, había dicho mucho tiempo antes, con más energía: *Yo sé que desde que están los hombres sobre la tierra, siempre ha sido verdad que la alabanza, la gloria, los gustos y placeres de los pecadores y de los mundanos no han hecho sino pasar; su grandeza no es sino un punto, y su duración un instante.* (1) No hay que anmirarse de que en el texto el hombre mundano sea llamado hipócrita, puesto que es cierto que, aunque parezca dichoso á causa de sus riquezas, de sus dignidades, de sus bienes y de toda su prosperidad, es realmente desgraciado y pobre, y más digno de compasión que de envidia.

1 Quamvis humana gaudia non sint gaudia, tamen qualiacumque sint et quantùm libet delectent, aufert omnia ista una febrícula, et remanet inanis et saucia conscientia. S. Aug., de Cath. rud., caq. XVII.

2 Ipsae voluptates eorum trepidoe, et variis terroribus inquietae sutn, subitque cùm maxime exultantes sollìcita cogitatio, hœc quandiù? Ab hoc affectu reges suam flevêre potentiam, nec illos magnitudo fortunæ suae delectavit, sed venturus aliquando finis exterruit., Senec. de brevit, vitae, cap. XVI.

Concluyamos con S. Pablo *que aquellos que están en el mundo deben estar en él como si no estuvieran;* que estén en él corporalmente, sin estar en él en espíritu ni afecto; *porque la figura de este mundo pasa,* (2) es decir, todos los bienes que se pueden poseer en este mundo no son sino la figura de los bienes reales y sólidos. Así, digamos con San Ambrosio: "Dejemos la sombra, nosotros que buscamos á Jesu-Cristo, sol de justicia; dejemos el humo para seguir la luz." (3) Despreciemos, á ejemplo de Nuestro Señor y por su amor, todos los bienes, los honores y los placeres que las criaturas puedan ofrecernos, porque él nos los ofrece y nos los dará incomparablemente más grandes, más sólidos, más verdaderos, dándose á nosotros en este mundo y en el otro; ¿qué pudiéramos por tanto

1 Hoc scio á principio, qno positus est homo super terram, quod laus, cantus exultatio, impiorum, brevis sit, et gaudium hypocritae ad instar puncti. Job. XX, 4.

2 Reliquum est, ut utantur hoc modo tanquam non utantur, praeterit enim figura hujus mundi. I, Cor., VII, 31.

3 Relinquamus umbram qui solem quoerimur, deseramus fumum, qui lucem sequimur. Sn. Ambr., lib. de fuga seculi. cap. V.

sentir? Por esto acabo por estas bellas palabras de San Bernardo: "Si sois verdaderamente sabios, si teneis un corazón, si no estais heridos de ceguedad, dejad de ir tras de bienes cuya adquisición os hará infaliblemente miserables. Dichosos los que los desprecian; puesto que estos bienes son una carga para aquellos que los poseen, que manchan á los que los aman, que llenan de aflicción á los que los pierden; ¿no es mejor tener el honor de despreciarlos que el dolor de perderlos? ¿No obrareis más prudentemente renunciando á ellos de buena voluntad, por amor á Jesu-Cristo, que esperar que la muerte os los arranqqe por fuerza?" (1)

1 Si sapis, si habes cor, si tecum est lumen oculorum tuorum, desine ea segui, quoe et assequi miserum est: bocatus qui post illa non abiit. quoe possessa oneraut, amata inquinant, amissa cruciant; an non ea satius cum honore spernis quàm cum dolore perdis? an non ea prudentiùs Christi cedis amori, quàm morti? Sn. Bern.. epist. 103.

CAPITULO XVIII.

Motivo décimo cuarto de amor.

SECCION PRIMERA.

Excelencia de la caridad.

I. La caridad es el camino más corto para llegar á nuestro fin. —II. La caridad es la más perfecta de las virtudes.—III. La caridad es el alma y la vida de las virtudes.—IV. Nuestra perfección consiste en la caridad.

Mostraremos en este capítulo las perfecciones admirables de la caridad y las bellas prerogativas que la hacen la reina de las virtudes, á fin de que esta vista nos una más á ella todavía, y nos dé más afecto y valor para practicarla.

I. Establezcamos, ante todo, por principio que el camino de la caridad y del amor es el más seguro para llegar al fin para el cual estamos en el mundo, fin que consiste en el conocimiento, amor y servicio de Dios. Así como hay varias líneas para llegar al centro, así, aun cuando Dios sea uno, hay tantos caminos para llegar á él como virtudes diferentes hay, por las cuales cada uno puede dirigirse según su atractivo y como lo juzgue más conveniente para su bien. Vemos á unos hombres dedicarse á la práctica de tal virtud con preferencia á tal otra, y poner todo su cuidado para no perder ocasión alguna de ponerla en práctica. Así,